

OBRA CREADA CON EL APOORTE DEL  
CONSEJO DEL LIBRO Y LA LECTURA 2014





# Nada más que nostalgia

*Jaime Riveros*



SIMPLEMENTE  
EDITORES

© Jaime Riveros

**© De esta edición:**

Sociedad Comercial Simplemente Editores Ltda.  
Príncipe de Gales 5921 oficina 909.  
Teléfono: 56 - 2 2752 0057  
www.simplementeeditores.cl  
contacto@simplementeeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° 216183  
ISBN: 978-956-8865-32-0

**Diseño y diagramación:**

Sergio Cruz

**Foto portada:**

Mauricio Medel Ziebrecht

**Impreso en:**

Dimacofi  
Octubre, 2015.

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Simplemente Editores Ltda.”

# Nada más que nostalgia

*Jaime Riveros*





*En memoria de Ramón Cárdenas Cárcamo  
y de Luis Carrera Verdugo.*





## *Capítulo Primero*

---

### *Bienvenida tristeza*

Pasó el año y ni siquiera en otoño quiso llover. Y no hay indicio de que algo pueda cambiar. El cielo se ve despoblado, vacío como una página en blanco. El sendero que bordea la alameda está cubierto de hojas secas que, a ratos, anima una ligera brisa que estalla en el follaje, mientras la luz del sol, casi extinta, resbala por la arboleda sin entrar en el camino. Más allá, donde el atardecer languidece entre los árboles, se encuentra la pequeña cabaña. Ahí vivo, inmerso en una inquietud que aleja el desencanto. Vivo solo y nunca recibo visitas, pero es natural, nadie sabe que hace años ocupo esta pequeña parcela. La tranquilidad del lugar me recuerda la isla Picton, donde viví hasta los siete años. Junto a mis padres, éramos los únicos habitantes de esa inmensidad donde el verano era intenso por el sol que resplandecía en los bosques, y el invierno atraía la belleza del silencio y de la nieve, y la fuerza del mar al que siempre saludaba todas las mañanas. Cada día repetía el ritual de acudir a su orilla para ver qué me había traído durante la noche. Hace un tiempo supe que esa isla de mi infancia, perdida en la disparatada geografía del sur de Chile, sigue igual de abandonada, lo que me pareció magnífico para sus bosques y sus playas que seguirán visitadas solo por el mar cercano a la Antártica. Y vuelvo a pensar en mi padre y en aquello que representaba toda nuestra

protección: un viejo fusil Ross de la primera guerra, una radio para comunicarse con Punta Arenas y una chalupa con dos remos. Desde esa ciudad, un barco demoraba tres días con sus noches en arribar a la isla. Cada seis meses venía uno a traernos provisiones. El aislamiento era preocupante en caso de requerir auxilios médicos, pero a mis padres aquello nunca les inquietó. Fuimos felices allí. Después vino el regreso a Punta Arenas y toda la belleza quedó guardada en la memoria. Y aquí, como entonces, en una similar tranquilidad, procuro concluir un viejo sueño: terminar de escribir mi novela sobre José Miguel Carrera, el infortunado húsar forjador de nuestra patria. Desde adolescente, y por motivos que tardé mucho en comprender, me sedujo su personalidad llena de talento y de sino trágico. Y por misteriosas circunstancias, que si me es permitido contaré más adelante, hace un par de años me llegaron algunas voces, cartas y fragmentos inéditos del diario personal que escribió entre los años 1817 y 1819, en su solitario exilio en Montevideo; único lugar donde sus enemigos se ven obligados a tolerar su estadía para impedir su regreso a Chile. Montevideo será el entreacto de la tragedia. Cuando sus enemigos logran expulsarlo de allí, creen tener la partida ganada: el general José Miguel Carrera ya no tiene adonde ir. Pero ignoran que con esta acción, ellos mismos serán los responsables de abrir el telón para el terrible final: José Miguel Carrera, solo, sitiado y acosado por las fuerzas de Montevideo, Buenos Aires y Santiago, intenta armar montoneras y da inicio a una guerra caótica para retornar a Chile y liberarlo de la dictadura. Y entra así como un meteoro encendido en la leyenda. Es una mezcla de Hamlet y de Ángel vengador que sacudirá a Buenos Aires y a la pampa argentina como una jauría infernal. Pero hay ocasiones en que paso horas sin escribir una línea. Entonces, por los vidrios del ventanal observo al viejo sauce con sus ramas desnudas, desolado como un viejo paraguas sin tela, y en esa quietud de silencios que se buscan, siento como si estuviera otra vez en la isla, entre los árboles, al filo de

la ancha playa tocada por una marea encabritada. Y quizás algo dentro de mí, como ese océano, o la figura de mi padre caminando decidido con su fusil, suscitan que ambos mundo se toquen. Porque yo jamás abandoné la caza de las palabras, perseveraré una y otra vez en su búsqueda, esperando atento con la intuición del cazador que siente que las alcanzará, y que ellas cederían si persistía en mi empeño por encontrar esa palabra que arrastraría la trama y entonces me sentía mejor porque ya estaba escribiendo. Pero ayer, mientras caminaba, la arboleda incendiada por el otoño me trajo sensaciones de un tiempo que no alcanzo. Y decaído por este sentimiento, decidí ir a Concepción, al corazón de esa ciudad ruidosa cuyos ecos se sumergen en el río que nos separa.

Caminé por el paseo peatonal que abre la calle Barros como una boca extensa llena de gente. Esquivé transeúntes y vendedores ambulantes, me interné en galerías comerciales, subí y bajé escaleras mecánicas, y en algún momento me sorprendí detenido en la Galería donde estuvo el restaurante El Quijote, junto a una cabina telefónica que hace años no ocupo. Salí del lugar. A poco andar reparé que hay un sinnúmero de rostros que desconozco, pero vengo poco a la ciudad y no tendría entonces por qué extrañarme si, cuando vuelva otra vez, crea estar en el extranjero. La idea me sedujo por la sorpresa que me asaltaría si al regresar de nuevo, entrara a los cafés y, sentado junto a una mesa, conversara con Hemingway, Scott Fitzgerald y Camus, y así, sin más, estar junto al Sena, en París. Crucé la plaza bajo las sombras de los tilos todavía cubiertos de hojas y al llegar a la catedral divisé el nuevo café “El Gran Gatsby”. No lo conocía. Dudé un instante y resolví entrar por lo que me evocaba ese nombre. Quizás es oportuno señalar que esta reticencia se explica por el desencanto que suscita en mí toda palabrería romántica: en amor o en política, el resultado ha sido trágico. Sin ir más lejos, bastaría pensar en cuántos viven cotidianamente chismorreando acerca de algunas valiosas almas. Son los que

opinan por ejemplo de Cristo, Gandhi o del Che, instalados en sus lujosas mansiones, cuidados por perros y cercos electrificados que protegen sus intereses, hartándose las tripas, sin atragantarse siquiera al hablar de ellos. Está claro que si la historia se repitiera, serían los primeros en írseles encima. Pero hablar sobre este asunto sería una historia larga, un poco triste y a ratos tediosa. Voy a lo mío. En el café había fotografías de época, los años locos del jazz; el novelista Scott Fitzgerald junto a Zelda, su mujer, en sus días felices. Todavía se les veía alegres de emborracharse y gastar dinero, como si estuviesen atados a un fastuoso futuro que difícilmente podría escapárseles. Era para reír. Dejé las fotografías y subí al segundo piso por la estrecha escalera apegada al muro. Busqué una mesa desde la que pudiera contemplar los árboles de la plaza justo en el momento que el viento remeció los tilos y sus hojas, arrancadas de golpe, y movidas por un invisible pincel, llenaron el aire de tonos rojos y amarillos. Pero como nada perdura, enseguida comprendí que debía marcharme: un enorme televisor ensombreció la belleza del paisaje y cortó para siempre la posibilidad que retornara a mis ojos. Me disponía a salir cuando me detuve embelesado por la mirada de la mujer que apareció en la pantalla: ojos grandes, rasgados y una boca ancha y hermosa en su rostro que destilaba seguridad y soltura mientras la entrevistaban. La cámara se alejó y me regaló entera su elegante figura. Sentí ganas de tocarla. Estaba tan aturdido que, como si temiera equivocarme, con increíble torpeza, apuntando con mi dedo hacia la pantalla, le pregunté a un viejo de una mesa contigua —¿quién es?— El hombre giró hacia mí su cara y sonrió. Es la senadora, viene a Concepción por la campaña electoral —me dijo— manteniendo la sonrisa en su boca como un muñón arrugado. Le hice una leve inclinación con la cabeza a modo de agradecimiento o aprobación o alguna estupidez por el estilo y continué rumbo a la salida, todavía un poco atontado. Como en casa no tengo televisor, ni compro los diarios, no había reparado que se vivía el segundo período de elecciones

después de la dictadura militar que se había mantenido 17 años. Había visto afiches en algunos cafés, en paraderos de buses y pegados a tiendas comerciales, pero no habían llamado mi atención, es que simplemente me dan náusea y los rehúyo. Pero era posible, sin que me causara risa, que yo hubiese preguntado a un desconocido quién eras tú. ¡Vaya conmigo! Qué enredo tenía en mi cabeza. Iba tan ensimismado que casi tropiezo con un poste de luz. Creo, incluso, haberle dicho “disculpe”. Apuré el paso y evitando intimar, saludé a uno que otro conocido con los que no converso desde hace tiempo, la última vez creo que fue el otoño pasado. Cualquiera podría creer que rechazo a la gente, que me es odiosa, que no podría ser de otro modo. Y reflexioné un poco, mientras miraba libros en una vitrina, en cuánto de verdad habría en ello, pero como el asunto no tenía importancia, abandoné la cuestión y continué caminando. Pero ya estaba usted adentro, sonriendo, sacando chispas. Y de pronto me sorprendió que era yo entero el que le preguntaba intimidades: cómo está, qué es de sus días, dónde está ahora el brillo de sus ojos que se volcaba sensual hasta sus labios. ¿Ese fue el precio acaso? ¡Ah, mujer!, pensé con ironía, lo sabe bien, conmigo en un par de días, a lo más en una semana se recuperaría.

En un kiosco junto al Café Haití en calle Caupolicán, advertí el titular de una revista que decía algo de usted. La compré. Cerca de mi antigua oficina busqué cigarrillos, con oscuro desasosiego y sin interés miré a mi alrededor. Convendría decir que al enfrentar algunos problemas, tiendo a ironizar o a burlarme de mí. Lo uno o lo otro. El término medio, que observa con objetividad y sin pasión, me parece falso y detestable. Es más certero acercarse a la verdad con ironía. Pues, ¿es posible mirar aquellos sueños que alguna vez tuvimos carentes de irónica piedad? Y esta pregunta se me vino al reparar que no sabía qué actitud adoptar con usted. Ha pasado mucho tiempo, es cierto. Y como no tengo ganas de burlarme de nadie, me hago otra pregunta como al pasar,